

JOSÉ BALLÓN AGUIRRE, *Martí y Blaine en la dialéctica de la Guerra del Pacífico (1879-1883)*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, 2003, 449 pp.

Para los estudiosos de la historia de la política exterior de los Estados Unidos hacia América Latina y, en particular, para los interesados en el análisis del papel de sus artífices y operadores, como lo fue el secretario de Estado, James G. Blaine, resulta fundamental el libro intitulado *Martí y Blaine en la dialéctica de la Guerra del Pacífico (1879-1883)*, de José Ballón Aguirre, publicado por el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la UNAM.

En él, el autor describe las preocupaciones de Martí durante su estancia en los Estados Unidos entre 1880 y 1895 en torno a la política exterior hacia América del Sur promovida desde el Departamento de Estado en el contexto de la guerra entre Chile, Bolivia y Perú de 1879 a 1883, episodio conocido como la Guerra del Pacífico.

Asimismo, destaca los momentos fundamentales en la carrera política de Blaine, no sólo como secretario de Estado, sino también su intento por arribar a la presidencia de los Estados Unidos de América. Se habla entonces de su llegada al gabinete del presidente James A. Garfield, en 1881; del asesinato de Garfield en ese mismo año y la remoción de Blaine como secretario de Estado por el sucesor en la presidencia, Chester A. Arthur; de los cambios en la política exterior norteamericana encabezada por el nuevo secretario de Estado, Frederick T. Frelinghuysen; del fracaso de Blaine al intentar disputarle la presidencia de los Estados Unidos al demócrata Grover Cleveland; y de su segunda gestión como secretario de Estado bajo la presidencia del republicano Benjamin Harrison.

Se trata, pues, de un periodo especialmente interesante en la historia política norteamericana y de sus relaciones con el exterior. En primer lugar, los Estados Unidos habían pasado ya el trago amargo

de la Guerra Civil y, una vez culminada la etapa de la reconstrucción, surgía como un Estado unificado que empezaba a tener un proyecto de política exterior, el cual se consolidaría en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX con las acciones de William McKinley y Theodore Roosevelt.

Punto de especial atención en el trabajo de José Ballón Aguirre es la relación entre la política interna de los Estados Unidos y su política exterior.

Baste recordar que, al iniciar la década de 1880, la división dentro del partido republicano era más que evidente. Los grupos políticos encabezados por James G. Blaine y Ulysses S. Grant no podían llegar a un acuerdo y el partido corría el peligro de escindirse. El primero era miembro de la fracción de los reformadores o *half-breeds*, la cual había desatado una severa crítica a las formas de corrupción en la relación política-negocios privados y había pedido limitar la influencia de los grandes capitales en las decisiones gubernamentales. El segundo formaba parte del grupo político conocido como los *stalwarts*, que se caracterizaban por el abuso del poder y las prácticas de excesiva corrupción, además de oponerse tajantemente a cualquier tipo de reforma partidaria o gubernamental.

Después de numerosos intentos infructuosos por llegar a un acuerdo, la unidad partidaria tuvo como base la fórmula James A. Garfield-Chester A. Arthur, el primero más cercano a Blaine y el segundo identificado con el grupo de Grant. Garfield fue electo así por la convención republicana junto con Arthur como candidato de compromiso del partido republicano y, el 4 de marzo de 1881, se convirtió en el vigésimo presidente de los Estados Unidos.

La diplomacia enérgica de Blaine es bien retratada por el autor a lo largo del texto. A pesar de haber arribado al Departamento de Estado sin mayor experiencia previa en asuntos exteriores, su personalidad y su amplia labor en el Congreso de los Estados Unidos por más de 20 años le permitieron desempeñar el cargo con un vasto conocimiento de los principales problemas de la nación, internos y externos, con la fuerza de carácter necesaria para enfrentarlos. Ni siquiera contaba con una formación académica como político o como

abogado, pero ello no fue obstáculo para convertirse en uno de los ideólogos más importantes del expansionismo norteamericano.

Blaine pertenece al grupo de los expansionistas que pensaban que la actividad económica pacífica era el medio más efectivo para alcanzar sus principales metas: extender el comercio de los Estados Unidos, salvaguardar las costas norteamericanas e incrementar el prestigio de la nación.

Con base en la idea de la superioridad moral y política de los pueblos anglosajones y con un marcado desprecio hacia los habitantes y los gobiernos de América Latina, Blaine tenía como meta fundamental consolidar la hegemonía norteamericana en el continente poniendo en práctica la Doctrina Monroe. En su opinión, los Estados Unidos debían ser respetados por las demás potencias gracias al fortalecimiento de sus intereses en Latinoamérica.

Durante su gestión de nueve meses, James G. Blaine demostró gran creatividad e iniciativa. Sus políticas representaron una modificación de la Doctrina Monroe ya que, más que esperar el llamado para mediar disputas, Blaine ofreció sus buenos oficios, primero a México en su controversia de límites con Guatemala, y después a los gobiernos involucrados en la Guerra del Pacífico, rompiendo así la tradición pasiva de la política impulsada por el Departamento de Estado.

Blaine estaba convencido de que los Estados Unidos tenían la misión especial de mediar en las disputas por medio de una política exterior activa y fuerte. Además, se veía a sí mismo como el “campeón” en contra de la intromisión inglesa en el continente. Sin embargo, los resultados no siempre fueron positivos debido a que la mayoría de los países latinoamericanos veían con recelo a los Estados Unidos. Por lo mismo, las acciones de Blaine únicamente contribuyeron a incrementar la desconfianza.

Especialmente, Blaine deseaba mediar en el conflicto de la Guerra del Pacífico, tema central del libro de José Ballón, debido a que le preocupaban los vínculos tanto de Chile como de Perú con Inglaterra ya que consideraba que era el problema limítrofe potencialmente más peligroso en el continente. Además, hay que recordar que en 1880

Francia, Italia y Gran Bretaña habían propuesto fungir como árbitros, lo cual había sido rechazado por el presidente Evarts por considerar que los países europeos no debían intervenir en los destinos de los pueblos americanos. De aquí que Blaine considerara fundamental garantizar que el único mediador posible debía ser el gobierno de los Estados Unidos.

Asimismo, en opinión de Blaine, se trataba de una guerra inglesa en contra del Perú en la cual Chile fungía como instrumento de la política británica para lograr el control de las áreas costeras ricas en nitratos y guano. Según él, los ingleses habían equipado a las fuerzas armadas y navales chilenas y, por lo mismo, era necesario que los Estados Unidos ejercieran un contrapeso y apoyaran a Perú antes de que éste pidiera ayuda a algún país de Europa.

Como ganancia adicional, Blaine pensaba obtener el acceso al amplio mercado sudamericano para los productos estadounidenses y esperaba también convencer a los gobiernos de los países latinoamericanos de que las adquisiciones territoriales por la fuerza de las armas no podían conducir a una paz duradera en el área. De aquí que en noviembre de 1881 enviara una misión especial a Chile, Perú y Bolivia para lograr sus propósitos, la cual se convirtió en un rotundo fracaso.

En 1881, Blaine intentó llevar a cabo la idea de invitar a las naciones independientes de América a una conferencia interamericana en Washington para discutir el sistema de arbitraje como mecanismo para impedir futuros conflictos en el hemisferio occidental. Con la convocatoria a esta Conferencia, Blaine buscaba dar a la Doctrina Monroe una interpretación tanto económica como política. Ello marcaría el inicio del movimiento panamericanista.

En esta reunión pensaba también presionar a México y a Chile contando con el aval del resto de los países latinoamericanos, especialmente de Argentina y Brasil, para que pusieran fin a los problemas fronterizos y con ello, lograr fortalecer su posición política como futuro candidato a la elección presidencial de 1884 en la cual, a la postre, sería derrotado, tal como es claramente expuesto por José

Ballón en el capítulo intitulado “Mil votos contra James G. Blaine (1884-1885)”.

De manera especial, el autor hace referencia al asesinato del presidente James A. Garfield, el cual vino a transformar el desarrollo no sólo de la política interna norteamericana sino la elaboración de la política exterior. Como ya mencionamos, Blaine había impulsado una diplomacia enérgica y plena de iniciativas. Sin embargo, Chester A. Arthur asumió la presidencia y sustituyó a Blaine con Frederick T. Frelinghuysen quien tenía una concepción de la política exterior totalmente opuesta a la de su antecesor.

El sucesor de Blaine en el Departamento de Estado carecía totalmente de experiencia previa en asuntos diplomáticos. Además, su carácter medroso lo llevó a tener una actitud más paciente y moderada para enfrentar los asuntos internacionales, una postura más de espera que de proposición. Su lema era: en caso de duda, es mejor no hacer nada.

Metódico y poco imaginativo, su política exterior fue siempre calculada en términos de los intereses norteamericanos existentes y no en función de sus intereses potenciales. Para algunos, la sobriedad en sus iniciativas fue vista como un gran respiro. Incluso en la prensa *stalwart* se hacía referencia a la llegada de Frelinghuysen al Departamento de Estado como el inicio de un “conservadurismo sabio” que contrarrestaría la tendencia de Blaine a embarcarse en “aventuras dramáticas”. Era, en suma, un secretario de Estado “más seguro”.

En consecuencia, Frelinghuysen se dedicó de manera sistemática a dar marcha atrás a las iniciativas de su predecesor con dos finalidades principales: la primera, desacreditar la actuación de Blaine y, la segunda, demostrar que los Estados Unidos debían tener una política exterior más moderada y no tomar partido por ninguna de las partes en conflicto. En su opinión, no era necesario ofender ni a Chile ni a México y era mejor mantener una absoluta imparcialidad.

Una de las iniciativas de Blaine que fue rápidamente cancelada por Frelinghuysen fue la invitación a la conferencia interamericana

que se realizaría en Washington en 1882. Desde su punto de vista, esta conferencia no podría traer aparejado ningún beneficio para los Estados Unidos, sobre todo mientras el conflicto de la Guerra del Pacífico siguiera vigente y, en todo caso, más bien podría provocar el recelo del gobierno británico.

En torno al problema de la Guerra del Pacífico, Frelinghuysen prefirió no tomar partido. En lugar de tratar de persuadir a los chilenos para que moderaran sus reclamos frente a Perú, tal como lo había hecho Blaine, el nuevo secretario optó porque los Estados Unidos asumieran el papel de mediador imparcial dejando prácticamente que la situación fuera resuelta por los países directamente afectados. Frelinghuysen únicamente aludió a la posibilidad de una intervención activa por parte de los Estados Unidos siempre y cuando alguna de las potencias europeas se involucrara directamente en el conflicto. Sin embargo, el secretario de Estado llegó a advertir a los peruanos que no contarán con el apoyo de su gobierno para oponer resistencia a las “demandas razonables” de Chile por lo que, en la práctica, la nueva política del secretario de Estado favoreció más a los chilenos.

Por último, en 1889, Blaine tuvo una segunda oportunidad al ser nombrado secretario de Estado por el presidente Benjamin Harrison. Sin embargo, a pesar de haber encabezado la primera Conferencia Panamericana, la cual había sido autorizada por el Congreso en 1888, ésta no tuvo los resultados esperados por él. Además, Blaine hubo de enfrentar varios problemas sumamente delicados que no pudo solucionar, entre otros, la tensión en las relaciones del gobierno norteamericano con Chile, después de la matanza de varios marineros estadounidenses en Valparaíso.

Con este no tan breve recorrido por la historia política norteamericana en los años 1880 y la política exterior hacia América Latina impulsada desde Washington durante las gestiones de Blaine y Frelinghuysen, he querido destacar el aporte que el libro de José Ballón hace para entender no sólo el pensamiento martiano y su crítica hacia las acciones emprendidas por los gobiernos norteamericanos en contra de los países latinoamericanos, sino también el desarrollo

de la política interna de los Estados Unidos y los intereses específicos que sustentan las acciones emprendidas por personajes como el secretario de Estado James G. Blaine. Por ello, confío en que será de gran utilidad para quienes nos dedicamos al estudio de este continente nuestro que es América.

Mónica Toussaint
Instituto Mora

